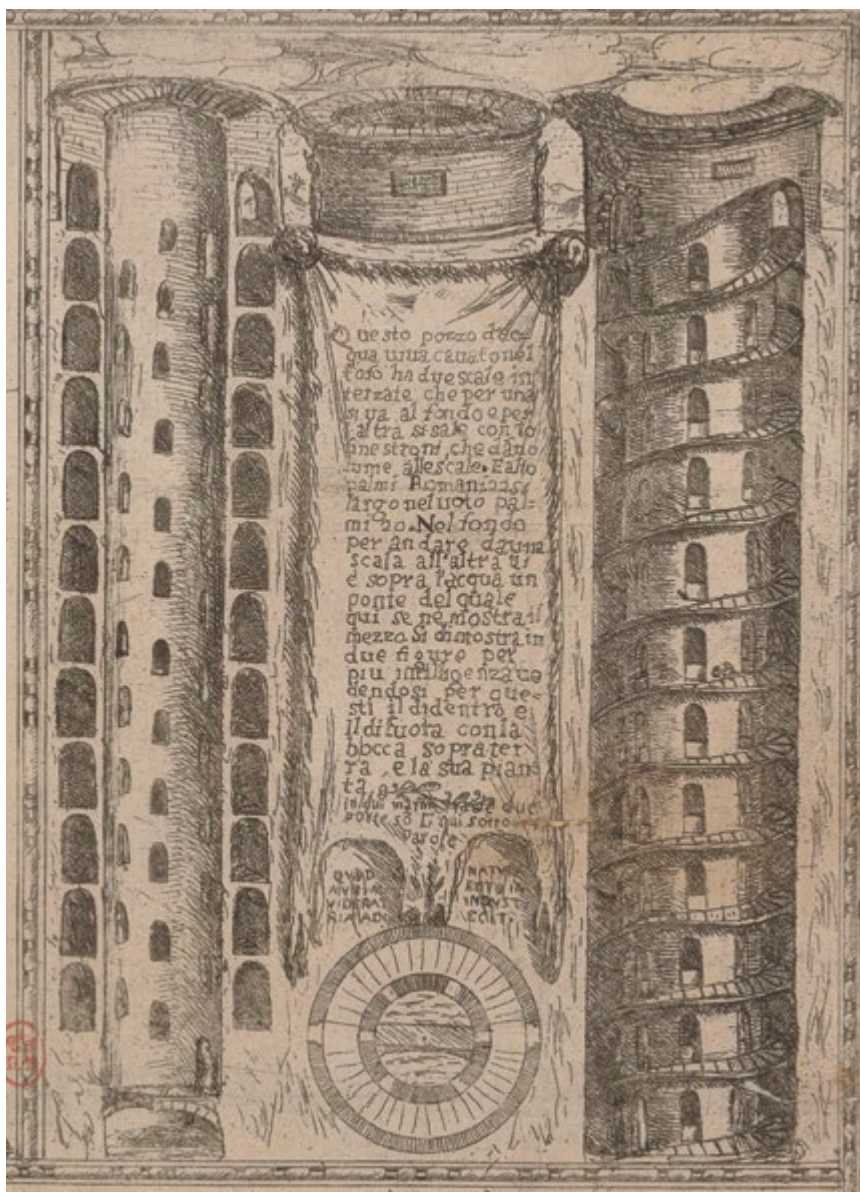


NOTARIOS DEL TIEMPO

DESCENSO AL «PURGATORIO»

EL POZO DE SAN PATRICIO EN ORVIETO

Maximiliano Barrios Felipe



Una ilustración del siglo XVII revela el ingenio arquitectónico de un pozo que parece más una escultura en espiral que una estructura hidráulica. Una postal centenaria muestra su boca, anodina y rotunda, asomada al vacío como si no tuviera miedo al abismo, y una fotografía con el ojo de pez de la tecnología moderna, nos obliga a mirar hacia abajo, hasta el punto exacto donde la luz se convierte en vértigo. Tres ventanas en el tiempo que permiten hablar de un lugar donde se desciende hacia abajo, pero se asciende en asombro: el Pozo de San Patricio, en Orvieto, corazón de la región italiana de Umbría.

Orvieto está colocada sobre una roca de toba volcánica, como si alguien hubiese decidido coronar una botella de magma con una catedral. Una ciudad fortaleza, inexpugnable, salvo por un pequeño detalle, no había agua. Cuando el Papa Clemente VII huyó del saqueo de Roma en 1527 y se refugió aquí, su preocupación no eran las murallas, sino la sed. Así que mandó construir un pozo.

Lo que hizo edificar no fue un pozo cualquiera, Antonio da Sangallo el Joven diseñó una estructura prodigiosa: un cilindro de 63 metros de profundidad y 13 de ancho, excavado a pico en el tufo de la montaña, con dos rampas helicoidales independientes de 248 escalones cada una. Mientras unos animales bajaban vacíos por una espiral, otros subían por la otra cargados de agua, no se cruzaban, no interrumpían el flujo. Logística renacentista en estado puro, ingeniería para sobrevivir.

En su día se llamó Pozzo della Rocca, por la cercana fortaleza de Alborno, pero el tiempo, ese narrador caprichoso, lo rebautizó con un nombre mucho más literario: Pozo de San Patricio, en recuerdo a la cueva irlandesa que, según la leyenda, era puerta al purgato-

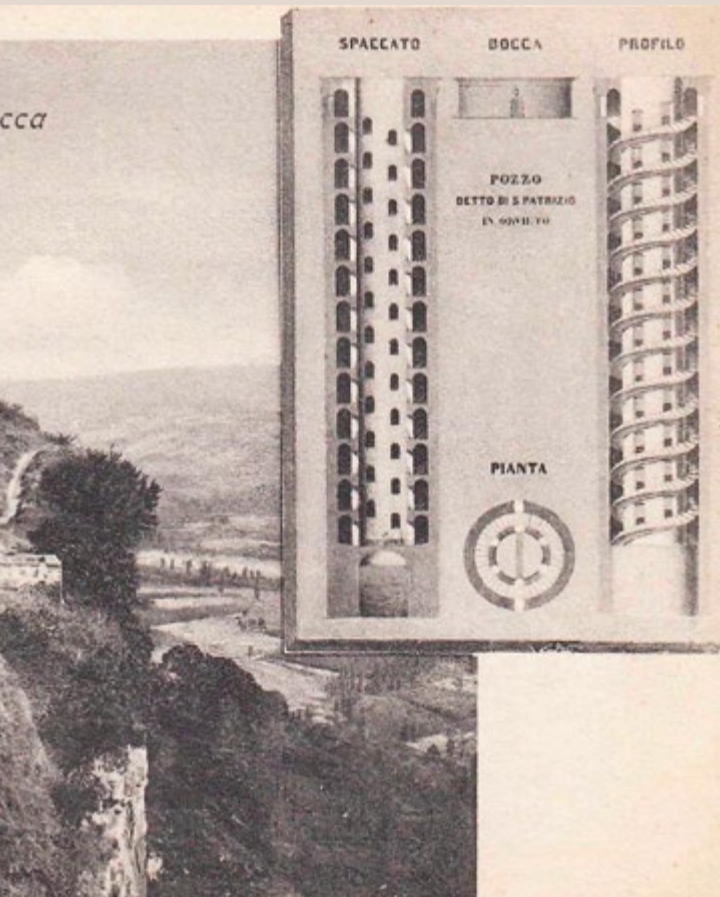


rio. En el siglo XIX, los monjes de Orvieto vieron en su profundidad, en su atmósfera y en su silencio un eco de aquel mito celta. Desde entonces, quien descendiendo al fondo podría simbólicamente, purgar sus pecados y ascender redimido.

Bajar es un acto hipnótico, se suceden 72 ventanas, tragaluces en la piedra que alimentan con luz natural una experiencia casi teatral. El eco de los pasos, la humedad que lo impregna todo, la sensación de estar dentro de un organismo vivo. Uno podría pensar en Dante o en Julio Verne y sin embargo, es solo piedra, agua y geometría.

Las imágenes que acompañan este artículo no son simplemente un juego entre el antes y el después, sino un descenso en espiral por el imaginario del tiempo. Este cilindro excavado en la roca no fue siempre una atracción turística con barandillas, escaleras y visitantes fotografiando su fondo. Nació cuando el papa Clemente VII decidió refugiarse en Orvieto escapando de los tercios y los lansquenets. Era un pozo, nada más, pero la admiración que produce su arquitectura y la fascinación de su profundidad fueron pronto un imán para la leyenda. La boca de este pozo pasó a ser leída no como acceso al agua, sino como acceso a otra cosa: al inframundo, a las almas, al misterio; tomando prestada la leyenda de otro lugar a cientos de kilómetros, en una pequeña isla del lago irlandés de Lough Derg.

El pozo ya no es un instrumento de supervivencia sino una atracción turística, pero sigue evocando la misma fascinación. Hoy, los visitantes bajan por curiosidad, no por necesidad. Pagan unos euros, lanzan una moneda al fondo (como si fuera la Fontana di Trevi) y vuelven a subir con la sensación de haber tocado un secreto.



Bajo las calles y los palacios de Orvieto se esconde otra ciudad, excavada en la roca durante siglos; más de mil pozos, galerías y cisternas atestiguan la inteligencia constructiva de etruscos, medievales y renacentistas. El Pozo de San Patricio, en Orvieto, es una de las visitas que Cultur Viajes ha seleccionado para su itinerario: **Umbría. Arte y espiritualidad en la Italia interior**, que tendrá lugar del 2 al 9 de junio de 2026.

Puedes consultar el itinerario completo en culturviajes.org

Dicen que el pozo de San Patricio no tiene fin, lo dice un refrán italiano para hablar de fortunas sin fondo o de esfuerzos que no llevan a nada, pero el verdadero pozo tiene fin, justo donde empieza el asombro. Ese instante en el que uno deja de pensar en el Papa, en los tercios, en las tuberías del siglo XVI y se limita a mirar hacia arriba. Un ojo de piedra abierto al cielo.

Orvieto forma parte de la Umbría más íntima, la del arte silencioso y la espiritualidad escondida. No solo por su catedral o por su centro histórico, sino por este pozo que no se ve desde fuera, porque a veces para entender un lugar, hay que mirar hacia abajo y descender, con respeto, con pausa, con la misma fe con la que se bajaba antaño a por agua o a por redención. Y es que hay lugares que fueron hechos para no ser vistos de golpe, sino a escalones. ◀◀

◀◀
Detalle de Las tres maravillas de la ilustrísima ciudad de Orvieto / Antonio Carrarino (1616).

◀ Postal con detalle de la boca de acceso al pozo. Fototipia: Ferdinando Flamin (ca.1887-1900).

◀ Vista interior del pozo de San Patricio. Foto: ©Michele Busillo.

